

por que todos los peregrinos se instalan con preferencia en sus respectivos hospicios.

Tres son los hoteles principales existentes en Jerusalén, en los cuales se paga de diez á veinte francos por día, sin incluir los vinos y licores: *Hotel Feil*, junto á la carretera de Jaffa, fuera de Jerusalén; *Hotel del Mediterráneo*, en las inmediaciones de la puerta de Jaffa y entrando á mano izquierda en la calle que conduce al Bazar; y *Hotel de Damasco*, cerca de la puerta del mismo nombre y en la calle que atraviesa la ciudad de Norte á Sud.

A un feo arrabal provisto de cafés, tiendas y diminutos comercios, reñidos con la grandeza de la Ciudad, siguen calles solitarias y envueltas en sombra. Estas calles conducen á Casa-Nova, el célebre hospicio de los Padres Franciscanos, parecido á una gran fonda, y el más completo y mejor montado de todos los que tiene la Custodia en Tierra Santa. En él encuentra el peregrino, para recibirle, mejor que amigos, hermanos, y para reparar sus desfallecidas fuerzas, todo el confort europeo reunido allí por un continuo milagro de la caridad.

Quédase uno encantado al entrar en el departamento que se le tiene destinado. Es pequeño, pero limpio, fresco y bien amueblado. Las camas, que son de hierro, están protegidas por mosqueteras, elegantes cortinas de tul de muy cerrada malla, destinadas á facilitar el sueño del viajero contra los abominables mosquitos, allí tan numerosos y crueles. Entra la luz por una puerta con vidrieras, adornada de persianas verdes, que da sobre un patio cuadrado y desde la que se goza de un admirable panorama que se extiende desde la torre de David hasta las azuladas montañas de Moab. Debajo hay un jardín en miniatura, lleno de verdor y de flores, flores vivaces y fragantes, tales como se encuentran en Oriente.

Desde el terrado del hospicio puede abarcarse de una sola ojeada y en un imponente conjunto, aquella Jerusalén tan deseada por la que el peregrino ha desafiado tantas fatigas y dificultades y que, siempre presente en su espíritu, en sus estudios y en sus proyectos, era desde largo tiempo la patria de su alma. Se le ofrece como una gran ciudad, con sus murallas y sus torres, sus iglesias, sus mezquitas, sus sinagogas y las pequeñas y blancas cúpulas de sus casas amontonadas unas sobre otras. Distinguese en el centro la cúpula del Santo Sepulcro: al Oriente, la más elegante y más elevada de la mezquita de Omar; la cima del monte de los Olivos entremezclada de verdor, y la larga cadena de los montes arábigos, tan unida, tan igual, tan azulada, tan transparente, que parece un mar de azur. Al lado opuesto se con-

templa el monte Sión y la torre de David, que sirve de ciudadela y domina con las torres de Hippicus y de Margamma, el conjunto de las fortificaciones de la puerta de Jaffa y de las murallas; muy cerca del espectador está también la iglesia de San Salvador y su triunfante campanario; á lo lejos la campiña y caminos pintorescos que conducen á Belén. Apoyado sobre la plataforma, deja errar sus miradas á la ventura sobre los almenados muros, las cúpulas, los terrados y las casas de la ciudad misteriosa, sobre sus desnudas y áridas colinas cubiertas aquí y allá de sepulcros blanqueados. Entregado por completo á las extrañas sensaciones que este espectáculo despierta, siéntese poco á poco como invadido por una profunda melancolía que no quita, sin embargo, el sentimiento de una dulce é indecible consolación. Esta mezcla de gozo y de tristeza, de terror y de confianza, es precisamente lo que forma lo patético, lo sublime de aquel espectáculo.

En Casa-Nova, así que la noche viene á borrar el sorprendente cuadro que acabamos de señalar, la campana da la señal de que la cena está dispuesta, y dirígense los huéspedes al refectorio común, vasta sala llena de sombra y de frescura, y adornada de frescos debidos al pincel de un modesto Religioso del convento de San Salvador. No es raro, sino lo ordinario hallar entre los comensales algún misionero, llegado allí para reavivar su fe y su valor en la tumba de Cristo. Siempre gusta encontrarse uno con estos hombres extraordinarios y heroicos; el conmovedor y verídico relato de sus viajes, lleno de colorido local y de novedad, arrebatada y agrada en gran manera esta historia tan sencillamente referida de sus sorpresas, de sus trabajos, de sus fatigas, de sus pesares, de sus tribulaciones y de sus consuelos sobrehumanos, que suavizan y dulcifican las ansiedades de su duro y peligroso apostolado.

La conversación está siempre muy animada en todos los puntos de la mesa, y una dulce alegría se refleja en todos los semblantes. La presencia del Padre Presidente, sentado entre los peregrinos, al concluir la cena, acaba de dar á la asamblea un carácter de reunión de familia. Encantados de la sencillez y cordialidad, desconocidas en el mundo, de aquellos buenos Padres, levántanse los huéspedes de la mesa, y van á tomar un reposo que la fatiga y las emociones del día han hecho tan necesario.

Muy de mañana, ansiosos de satisfacer las ansias del alma, salen los huéspedes de Casa-Nova; y si van en peregrinación salen á grupos, que con los sacerdotes marchan á celebrar éstos, y á ayudar las misas y comulgar aquéllos, á los distintos santuarios de Jerusalén y alrededores.

¡Qué deliciosos sentimientos de felicidad ocasiona un despertamiento, sobre todo si es el primero en la Ciudad Santa!

¿Se está verdaderamente en Jerusalén ó es solamente un sueño?... ¡La suprema, la irresistible atracción para el peregrino! Sin cesar de caminar, acompañado de un conocedor del país, escúchanse atentamente sus interesantes narraciones, que no pueden menos de ser provechosas, atendiendo al íntimo y práctico conocimiento que tiene de los lugares, máxime si va éste unido á la experiencia de incesantes excursiones y á profundos y prolongados estudios sobre la materia. De cada piedra se ve saltar un hecho, un recuerdo, una tradición, una enseñanza y en consecuencia el oyente y conservador á la vez experimenta el incomparable placer de familiarizarse no menos con la historia que con la leyenda; se convence de que el vestido de gala con que ésta se le había presentado correspondía á la importancia de lo que aquélla le está contando.

Intrincado laberinto de calles y callejuelas, sucias y tortuosas que se cruzan en todos sentidos forman el interior de la Ciudad; distingúense tres vías principales que la atraviesan de parte á parte. De la puerta de Jaffa parte una calle que conduce á la puerta llamada Bab-es-Silsile (de la cadena), una de las principales del Haram-ech-Cherif, calle que lleva actualmente este nombre y que en la Edad Media se llamó de David en su parte superior ú occidental y del Templo en la inferior ú oriental. En la puerta de Damasco arranca otra que atraviesa la Ciudad de Norte á Sud, pasa por el lado oriental de la iglesia del Santo Sepulcro, continúa hacia el Sud dejando atrás los bazares, y tuerce luego hacia el Sudoeste para acabar en la puerta de Sión ó de Neby-Daud. Antes, en la época de las Cruzadas, llevaba en su parte superior el nombre de calle de San Esteban y más abajo el de Monte-Sión. La tercera calle, que nace en la puerta de Sitti-Mariam al Este, pasa por junto el Birket-Israil, sigue hacia el Oeste, describiendo un ángulo, las estaciones de la Vía Dolorosa, y termina en el convento de San Salvador. En su parte alta llamábase calle del Santo Sepulcro, en la media, Vía Dolorosa, y en la parte baja, calle de Josafat. La parte alta lleva hoy día el nombre de Haret-en-Nasara (de los cristianos), vía, aunque bastante estrecha, de las principales de Jerusalén, atrayendo hacia ella á los peregrinos y viajeros por el aire europeo que ostentan sus tiendas.

La calle que se dirige de Norte á Sud, atravesando la del Haram-ech-Cherif en la época latina era llamada calle del Patriarca, porque en ella tenían los patriarcas su morada, cuyo edificio lleva hoy el nombre árabe de *el-Chaukeh*. De la piscina que en sus inmediaciones se en-

cuentra era también llamada esta calle la de los Baños del Patriarca.

Entre las calles secundarias cuéntanse la *Haret-el-Mulmin*, ó de los Turcos, la *Haret-el-Asman*, ó de los Armenios, *Haret-el-Fud*, ó de los Judíos, y la *Haret-el-Maurgrabé*, ó de los Mogrebinos. Es digno de notarse que estos últimos, Occidentales ó Berberiscos, cuentan algunos moros descendientes de los moros expulsados de España. Observó Chateaubriand que esos sucesores de los altivos abencerrajes, elegantes arquitectos de nuestra Alhambra, hállanse convertidos en Jerusalén de porteros.

Las calles, irregulares y estrechas casi todas, están la mayor parte en rápida cuesta, y en la época de las lluvias se hacen intransitables por quedar transformadas en torrentes. Añádese á esto el pésimo empedrado en las que lo tienen, el empedrado puede llamarse un conjunto de cantos mal clavados en el suelo que queda así muy resbaladizo, y la falta de alumbrado por las noches, durante las cuales sólo brilla alguno que otro farol en el barrio de los cristianos.

Salgamos ahora de Casa-Nova y recorriendo multitud de esas calles, dirijámonos al monte Moriah. Notaremos de paso que las casas no tienen por lo general sino una puertecilla baja por la cual no es posible entrar sin inclinar el cuerpo; que muchos, especialmente en el barrio musulmán, defienden sus balcones con celosías que permiten á sus moradores mirar sin ser vistos; que la mayor parte consta de dos altos, planta baja y un piso superior, y que casi en todas, en el centro de la azotea que las remata, levántase una media naranja á ocho ó diez palmos de altura. Allí suelen pasar los habitantes las deliciosas horas de las noches de verano, sumidos en la contemplativa indolencia tan grata á los orientales; allí hacen su oración los musulmanes; los judíos, á imitación de sus mayores, exigen allí los tabernáculos en la fiesta de este nombre, y aquel sitio, en fin, sirve de mirador y observatorio de cuanto en la calle pasa. La escasez de maderas que en el país se siente es causa de que sólo se edifique en bóveda; el patio con la cisterna, á la que afluyen cuantas aguas pluviales caen en el caso, forma el centro de la misma, la que se compone de cierto número de piezas separadas, cada una con su entrada especial y á diferente altura, que se comunican por medio de galerías ó escaleras al descubierto; el suelo de las habitaciones es una argamasa que llega á ser tan consistente como el mármol. Por las calles, donde hay cierto peligro en pasar á caballo, divagan muchos perros sin dueño y numerosos mendigos, sobre todo en las cercanías de la Basílica del Santo Sepulcro, imploran la caridad de los transeuntes.

Nótase también que los bazares son por lo común abovedados y lóbregos, no recibiendo otra luz que la que les da una pequeña claraboya circular; los hay que se remontan á grande antigüedad. El gran mercado público ó *Suk* compónese de tres galerías de arcos ligeramente ojivales, paralelas, y anteriores, según tradición, á la época de las Cruzadas; en la del centro, llamada Suk-el-Attarin, ó sea mercado de los drogueros, que es la más frecuentada y comunica con las otras por varios pasajes, pueden leerse, grabadas en la piedra en caracteres góticos, algunas inscripciones que dan testimonio de la concesión hecha á la abadía de Santa Ana por los reyes de Jerusalén de ciertos derechos sobre los rendimientos de este mercado, y también de que aquellas abovedadas galerías son contemporáneas de las Cruzadas. Los pequeños puestos establecidos á derecha é izquierda están provistos de artículos de comer y de toda clase de ropas. En distintos puntos de la ciudad y especialmente junto á los conventos y á la Basílica, véndense cirios y objetos piadosos, comercio muy lucrativo en el tiempo pascual, durante la cual afluyen por millares, griegos y rusos sobre todo, á la Ciudad Santa, y doblan su población, la cual en la actualidad no pasa de veintitres mil almas.

Queda dicho ya que los habitantes de Jerusalén viven en cuatro barrios distintos: al Noroeste, el de los cristianos, latinos y griegos; en el monte Goreb, al Sudoeste, en el monte Sión, el armenio; al Noroeste, el musulmán, mucho más extenso que los demás, en las colinas de Bezetha y Aera y en el valle superior de Tyropœon; al Sudeste el barrio judío, ocupando á la vez las laderas orientales de Sión y la parte baja del Tyropœon; al Este, en fin, el monte Moriah, cuya meseta está circuida por el recinto exterior del Haram, constituye, según vamos á ver, un barrio ó distrito aparte, y para los musulmanes muy sagrado.

Hoy, día en que escribo, es precisamente viernes, día en que se reúnen los judíos, excepto el comprendido en las fiestas de los Tabernáculos en el monte Moriah, junto á los muros, ó mejor, ruinas, del famoso templo de Salomón, para exhalar su dolor patriótico. Sigámosles.

Después de haber errado de unas calle en otras á través de terraplenes y de ruinas de todas suertes, como en una ciudad desmantelada, no ligada á la vida, por decirlo así, sino por pequeños huecos que dejan ver el cielo azul, cuya serenidad contrasta con las miserias y las ruinas, se desemboca en una plaza pequeña, de forma prolongada, en donde se levanta una muralla gigantesca, cuyas enormes piedras están cortadas en almohadillo. Allí se reúne y comprime la extraña asamblea de los proscritos de Israel, llorando, aullando sus desdichas. De aquí

su nombre de Plaza del Llanto. Salmodian los judíos con cadencioso balanceo las lamentaciones y lecciones de los profetas que los condenan. Pasan sus lenguas y manos descarnadas sobre los salomónicos pedruscos del muro, único vestigio de la obra del hijo glorioso de David: bendicen y maldicen sucesivamente aquella muralla cruel que les oculta la vista del Moriah, en donde se imaginan que va á apuntar la bella aurora del nuevo día que ha de restituir á Sión la paz, la prosperidad y la felicidad, bajo el cetro de sus reyes. En su viaje á Palestina, Ibo Alfaro, hablando de esta ceremonia, dice textualmente: «No puede figurarse el lector, ni mi pluma explicar puede tampoco, la singular, la conmovedora, la expresiva, la chocante, la triste, la ridícula impresión que causa ver á seis ó siete mil personas, hombres, mujeres, niños, jóvenes y ancianos, agrupados á porfía sobre una muralla ó sentados en la calle casi todos con libros abiertos en las manos, y todos llorando amargamente.» No dudamos de la exactitud numérica y descriptiva del señor Alfaro, que ha agotado casi los epítetos del Diccionario para referirnos el llanto de los judíos, pero sí afirmamos que aunque no lleguen á dos docenas los planidores, son suficientes para que el espectáculo que ofrecen sea causa de que una indecible lástima se apodere al principio del corazón á la vista de tales infortunios y de que la vista de un pueblo llorando sobre los restos de sus glorias pasadas impresione el ánimo; pero, cuando estremecidos por el drama sangriento del Calvario, se acababa de asistir en espíritu á la agonía y muerte de Jesús, y os decís: «He ahí los autores del crimen sin igual», el sentimiento desaparece por completo bajo el horror que os inspiran los asesinos de vuestro Dios, y se halla muy justificada la maldición que les persigue y que ellos mismos llamaron sobre sus cabezas cuando en el delirio de su pasión y de su mortal odio, gritaron: «¡Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestras hijas!» Con razón, pues, el mismo día en que clavaron á Jesús sobre la Cruz, dan al mundo entero el imponente testimonio de sus lloros y de sus gemidos, diciendo á los transeuntes: «Hemos venido á ser un objeto de oprobio á nuestros vecinos; aquellos que nos rodean nos burlan y nos insultan.» El espectáculo de esa nación deicida nos hace ver claramente el dedo de Dios.

El monte Moriah, cuyos augustos recuerdos vamos á evocar, se eleva en la parte oriental de Jerusalén, inmediato al valle de Josafat. En su cumbre álzase hoy la mezquita de Omar.

En tiempo no muy lejano habría sido temeraria empresa para un europeo ó cristiano, no sólo penetrar en ella, sino acercarse á su venerado recinto, inaccesible para los *infieles* bajo pena de muerte; cítanse